E. VALVERDE T.

DEL CATOLICISMO

EN LAS

SOCIEDADES MODERNAS.

CAPÍTULO I.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Necesidad de una doctrina para las sociedades.—Consecuencias de este principio.—Elementos de la enseñanza católica.—De la revelacion.—Lo que es ésta segun la filosofía del siglo XIX.—Confesiones de los antiguos filósofos.—De la tradicion.—Autenticidad de los libros santos.—Autoridad de la Iglesia.—Debilidad de la razon.—Necesidad de la fé.—Teorías filosóficas de los siglos XVIII y XIX.—De los misterios.—Corolarios en favor de la necesidad que tienen las sociedades modernas de fé, de progreso, de paz y de union.—Relaciones entre la razon y la fé.—Alianza entre la ciencia y el catolicismo.—Consideraciones sobre los resultados generales de los diversos sistemas filosóficos antiguos y modernos.

Vanos serian los esfuerzos para establecer y gobernar una sociedad con el único aucsilio del órden esterior, de un pacto político en que se hubiera dispuesto hábilmente el equilibrio en la ponderacion de los diferentes poderes. Los derechos del individuo claramente sentados y asegurados por las leyes, las artes, el comercio, las ciencias y la industria, ampliamente favorecidos, no constituyen las sociedades: éstas necesitan de doctrina. En ella está su fundamento, su principio vital. Como la sociedad espiritual es la condicion esencial de todas las temporales, la doctrina ó el dogma es la esencial condicion de la vida moral de los pueblos. De modo que podemos afirmar, que siempre se ostenta mas pura la moral en el seno de las naciones á proporcion de la integridad en su doctrina. No son tan indiferentes como se piensa generalmente la verdad y la ecsactitud del dogma, ha dicho un célebre escritor contemporáneo: la salvacion de los estados así como la de los individuos dependen de ella. No hay un pueblo pagano que no haya fundado su forma social sobre dogmas; pero como éstos eran inciertos, falsos ó estravagantes, el culto fué vicioso entre ellos, y su estado social de una repugnante degradacion. Las tentativas que hicieron legisladores y filósofos antiguos para inventar una doctrina, han demostrado que ni los individuos, ni las naciones pueden vivir sin dogma; y sus obstinados, aunque vanos, esfuerzos servirán perpétuamente de prueba de que los dogmas no pueden ser de invencion humana. El hombre no tiene facultad por sí solo para hacer é imponer creencias. Sin entrar en la discusion de los derechos que tengan los pueblos para contraer pactos ó establecer convenios sociales, nunca se les puede conceder el de formar sociedades bajo el único imperio de actos legislativos. "Por sí solos son imponente barrera para contener el mal, y un medio absolutamente incapaz de mejorar la multitud:" asi decia el poeta 1800 años hace, y esta vez el poeta tenia razon (1). Los sansimonianos habian concebido el proyecto de reorganizar la Europa entera por medio de la industria y mejora material de las clases pobres, y despues de escandalosas discusiones aquella secta ha desaparecido. Los partidarios de Fourrier quisieron tambien producir un sistema social. Combinar la asociacion con la atraccion, dividir el universo, no en familias, sino en falansterios agrícolas é industriales, divinizar la materia, sublevarse contra la doctrina moral, que es enemiga mortal de la atraccion apasionada, y llamar á sí todos los placeres, este era su plan. Su bárbaro neologismo ha quedado sin comprenderse, y sus abstractas fórmulas sin eco. Apenas pusieron manos á la obra, cuando se vieron obligados á proclamar su impotencia. Convienen la mayor parte de nuestros filósofos indudablemente en que los pueblos necesitan una moral; pero esta no es mas que la rigorosa consecuencia del dogma, y no es obligatoria para nadie, si el dogma no es divino. El hombre no tiene seguramente derecho para mandar en la conciencia del hombre; pero esta libertad

(1) *Quid leges sine moribus?* Horacio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

de conciencia, por la que tanto celo se muestra, á veces sin comprenderla, no es mas que la libertad de no tenerla. Multiplíquense los puntos de contacto entre el hombre y sus semejantes por los impulsos dados á la industria y por la grande popularidad de instruccion, y no se aumentarán sus vínculos. Cada uno será para sí solo en la sociedad, y el interes personal, lejos de reunir los corazones, destruirá el concierto de voluntades individuales propagando el espíritu de egoismo. Por eso las mas sabias constituciones, las mas hábiles legislaciones, como no hacen sino sentar derechos é imponer prohibiciones, siempre dejarian al hombre entregado á sí mismo en la sociedad con derechos ilusorios y deberes inciertos, en una egoista independencia, y cercado de todos lados por otras independencias idénticas. Esta civilizacion conduciria infaliblemente al despotismo ó á la anarquia.

Necesitan las sociedades una doctrina divina, que les revele la verdad, sancione los derechos respectivos, y los sujete todos á su deber, haciéndoles oir el lenguaje de la patria celestial á que somos llamados, y donde se halla el tipo de todas las perfecciones humanas. Cuanto mas se penetren las sociedades de una doctrina divina, mas unidas estarán á su principio y á su fin, unidad perfecta, único vínculo de todas las cosas; y en la misma proporcion el hombre será mas sociable, y los pueblos mas libres y dichosos.

Tal es la doctrina católica. Al hombre le descubre sus verdaderos derechos, le anima para que cumpla su deber, y corresponde maravillosamente á todas sus necesidades. Por tanto seria una estraña aberracion del entendimiento humano atribuirla á los descubrimientos de la inteligencia como los sistemas mas ó menos acreditados en el mundo ideal. No es obra de los hombres, sino de Dios. Es divina en su principio, en su objeto y en sus fines sublimes. "Considerados en su orígen sus dogmas, decia no ha mucho una de las glorias de la iglesia de Francia [1], nos conducen á esa larga serie de magníficas revelaciones, donde todo es digno del Espíritu Santo que las inspira, y del hombre á quien ellas ilustran. Considerados en la autoridad que nos los trasmite, hallamos á Dios y á su Iglesia que los preservan del espíritu de sistema y movilidad inseparable de los proyectos humanos. Considerados en sus pruebas, se presentan apoyados, no sobre la equívoca reputacion de un novador cualquiera, ó sobre sofismas mas ó menos deslumbradores, sino sobre hechos que tienen carácter divino, sobre una succesion no interrumpida de testimonios fidedignos que recoge y aprecia la autoridad viviente é infalible de la Iglesia. Considerando sus dogmas en sí mismos, hallamos en ellos las solas nociones dignas de la grandeza de Dios, de su providencia y de su bondad: las únicas que nos esplican el orígen del mundo, su degradacion [por el orgullo] y su rehabilitacion [por la caridad]." El filósofo puede sin duda libremente admitir ó desechar el sensualismo de Condillac, las distinciones de Kant, los primeros principios de los escoceses ó la razon absoluta del eclecticismo; pero no puede quedar á su eleccion el afirmar ó contradecir la doctrina católica, si quiere quedar dentro de los límites de la verdad. Y se deriva esta diferencia de las diversas clases de verdades que cualquier hombre está precisado á admitir. Los diversos sistemas filosóficos pertenecen á un órden de verdades puramente especulativas, sobre las cuales tiene esclusivo derecho de decidir la razon humana, entre tanto que la doctrina católica pertenece á un órden de verdades sobrenaturales, de que la razon no puede constituirse juez esclusivo.

Es una cadena de verdades de fé apoyadas en hechos que descansan en la inmovilidad de la palabra eterna: hechos sobre los cuales el testimonio solo tiene derecho de fallar, y cuya historia nos conduce á los primeros monumentos de la fé cristiana. Es un magnífico conjunto de doctrinas positivas y de hechos capaces de tener accion sobre el hombre y sobre la sociedad: como juez supremo de las creencias, á su autoridad solo pertenece resolver las graves cuestiones, de cuya solucion dependen siempre la libertad de los individuos y la salvacion de los pueblos. Para todos es un deber rendirle homenaje: negarle seria un crímen. Constitúyenle dos elementos: la palabra de Dios escrita y la tradicion, ambas manifestadas á los hombres por la Iglesia.

Procediendo aquí solamente por via de esposicion de la verdad católica, para ocuparnos únicamente en deducir consecuencias relativas á sus copiosos medios de corresponder á las diversas necesidades de la época, no puede convenirnos, segun el plan que hemos presentado, entrar actualmente en la liza con el filosofismo. Nos reservamos juzgar mas adelante sus diversos sistemas; y como todo error lleva consigo alguna mezcla de verdad, debemos apartar el uno de la otra. No clamarémos, pues, aquí contra los filósofos del siglo XVIII, que proponiéndose por objeto sustituir á las verdades reveladas sus pensamientos individuales, se opusieron á la universal tradicion, que á la manera de un rio majestuoso ha atravesado sin alteracion todos los siglos. Mientras que los antiguos filósofos miraban los dogmas de un Dios Criador, de su providencia, de la inmortalidad del alma y otros, no como conocimientos adquiridos por el raciocino, sino como antiguas tradiciones [1]; los enciclopedistas del siglo último, negando á Dios el derecho de manifestar ningun dogma, cualquiera que pueda ser, sostienen con energía que la sola razon basta para revelarnos todo lo que nos importa conocer en órden a las creencias religiosas (2). Sus escritos sazonados con la sal de la incredulidad han caido en el olvido: admirados en los dias de delirio, han muerto. La verdad desconocida ha recobrado sus derechos, y los esfuerzos de la humana inteligencia sostienen contra los deistas que las leyes de la sociedad del hombre con su Dios, lejos de deber

(1) El ilustrísimo señor Affre, arzobispo de Paris.

(1) Platon, Aristóteles, Plutarco y Ciceron.
(2) Rousseau, *Emilio*, tom. II y III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tejeda

determinarse por la razon de cada hombre, no pueden derivar mas que de la voluntad soberana manifestada por la revelacion.

Sin embargo en medio de los numerosos homenajes que escogidas inteligencias rinden cáda dia á las antiguas bases del edificio cristiano, nuestros filósofos modernos, haciéndose los apologistas de los derechos del entendimiento humano, han intentado dar alas á la razon para elevarla sobre las altas regiones de la fe. Despues de llamar á la filosofía luz de las luces y autoridad de las autoridades, el señor Cousin, cuya mayor gloria es haber introducido en la análisis de la razon una claridad y precision desconocida antes de él, llega al punto de elevar la razon humana hasta equiparla con la razon divina, hallando perfecta identidad entre las dos, compuestas de los mismos elementos, y reuniendo por la idea de causa lo infinito y lo finito hasta confundirlos (1). Entonces la razon del hombre se identifica con la razon divina, y la verdad no viene á ser mas que el fruto de los descubrimientos del hombre. El señor Lherminier, tan hábil como erudito en la esposicion de su sistema, diviniza al entendimiento humano, y se esfuerza en demostrar que éste es la sola fuerza *á priori* y la razon de las cosas; y negando toda verdad absoluta, las creencias religiosas no son á sus ojos sino móviles transformaciones del entendimiento humano (2), producto único de la razon humana. El señor Leroux, bajo los nombres de libertad, igualdad y perfectibilidad indefinida, pide á la sola razon humana la solucion de los grandes problemas que interesan á nuestro destino, y no dando otra causa al cristianismo que la filosofía, se alza contra toda tradicion de verdad sobrenatural y divina (3). Limitándonos á estas citas para que no se pueda achacar á nuestra polémica un carácter ofensivo de personalidad, sentamos como un hecho que toda la economía de la doctrina católica reposa sobre este fundamento: la revelacion. ¿Quién pues podria disputar legítimamente su posibilidad, combatir su necesidad, y negarse á proclamar su ecsistencia? ¿Se negarian á Dios las facultades que se conceden al hombre? Puede éste comunicar sus pensamientos á sus semejantes, y ¿Dios no podria? Vosotros dais oro á vuestro hermano que no lo tiene, y Dios ¿no podria darnos del seno de sus riquezas nociones demasiado elevadas para que nuestra sola razon pueda adquirirlas? En todos los siglos han estado tan convencidos los hombres de su insuficiencia, que no se citará jamás un pueblo, que no haya creido que su religion se fundaba en la revelacion divina (4). Y aunque nuestra filosofía contemporánea afirme á veces en su entusiasmo por la independencia, que bien podemos pasar sin revelacion; el género humano se empeña mas en buscar en ella el punto de apoyo del sentimiento religioso. ¿Puede haber una prueba mas auténtica de su necesidad?

(1) Curso de 1828, lecciones 4.ª y 5.ª
(2) *Filosofia del derecho*, tom. I, p. 64.
(3) *Del progreso continuo.*
(4) Bergier; *Tratado de la religion*, tomo IV, p. 356.

Con justa causa nos envanecemos de nuestra razon, porque en el hombre no hay mas gravoso que el error y la ignorancia. Pero yo pregunto, la necesidad de la revelacion ¿no se nos ha manifestado por la debilidad del entendimiento humano? Nuestra razon no ve *el todo*, en nada segun la espresion de Montaigne. Siendo ya tan limitada aun dentro del círculo de las cosas naturales, tan ofuscada, tan frecuentemente defectuosa, que necesita muchas veces de aucsilio para rectificar nuestras ideas; *á fortiori* carece de las luces suficientes para juzgar de las verdades sobrenaturales. No pudiendo comprender todos los atributos de la divinidad y sus relaciones, ni esa sustancia que llamamos espíritu, y que estrechamente unida á la que llamamos cuerpo, anima todas sus partes sin tener estension; necesita la razon humana ser ilustrada por una luz superior.

Falta de este punto de apoyo, se pareceria á una nave que no dominando sus movimientos fluctuase á la ventura en las mas opuestas direcciones. Todas las páginas de la historia atestiguan á las futuras generaciones, que toda vez que el hombre ha menospreciado la revelacion para atribuirse á sí mismo lo que pertenece á la divinidad, jamas ha abrazado mas que una vana sombra. En cuanto ha querido usurpar la prerogativa suprema, constituyéndose árbitro soberano de las verdades y de los deberes, ha herido de muerte cuanto ha tocado: impotente para creer, solo ha tenido facultades para destruir: no ha profesado otra doctrina que la duda, ni ha esperado otro porvenir que la nada. En dos épocas ha intentado la razon del hombre determinar un culto para honrar al Sér Supremo. Sus lecciones han venido á parar en instituir innobles sacrificios en honor de Júpiter, y mas adelante de una prostituta. Los filósofos con todos sus razonamientos jamás hubieran podido descubrir la compatibilidad de las perfecciones del divino sér, si una guía mas segura no hubiese venido á enseñar á nuestra débil razon á conciliar con la libertad la inmutabilidad divina, su perfecta unidad y su inmensidad, su infinita bondad y su justicia inecsorable. Entre los de la antigüedad Platon desconfiaba de conocer jamás el orígen y el destino del hombre, á menos que no se le concediese una vía mas segura que la razon, tal como una revelacion divina. Y ¡qué! la fuerza de la verdad ¿no arrancó formales confesiones á la filosofía del siglo XVIII, que gloriándose de los derechos de la razon se mostraba enemiga de toda creencia? ¿Quién no sabe estas palabras de Bayle: "Nuestra razon no sirve mas que para embrollarlo todo, para hacer dudar de todo? No bien ha edificado una obra, cuando nos presenta los medios de arruinarla . . . . El mejor uso que puede hacerse de la filosofía, es conocer que es un camino estraviado, y que debemos buscar otra guía, que es la luz revelada (1)." El mismo Rousseau, tan celoso apologista de la razon, pero que nunca fué mas sublime que cuando por una manifiesta contradiccion, habló el lenguaje de la verdad ¿no decia

(1) *Dic. crít.* art. *Bunel* p. 740.

que si la religion natural (que es la razon) es insuficiente, consiste en la obscuridad con que nos deja de las grandes verdades que enseña? "A la revelacion (continuaba) toca la enseñanza de estas verdades de un modo perceptible al entendimiento humano, ponerlas á su alcance, y hacérselas concebir para que las crea (1)."

Sí, indudablemente la revelacion es necesaria, tanto para hacer mas claro, cierto, comun, eficaz y uniforme el conocimiento de la verdad, como para que sirva de vínculo en la sociedad. Por estensas que puedan ser nuestras facultades, á menos que no las fecunde un principio generador, siempre adolecerian de esterilidad, porque no ofrecen medio alguno para disipar nuestros errores, ó poner fin á nuestras dudas, y la sociedad presentaria la triste imágen del estado salvaje. Caeria en el anonadamiento moral, en que se hallara si el sér que dió al hombre la ecsistencia física nada hubiese hecho á su favor en el órden espiritual, que constituye toda su dignidad. Es menester conocerlo: así como en el régimen del pensamiento se forma el nudo del órden material; así en las mas altas regiones de la inteligencia divina se forma el nudo del órden moral. A no elevarse hasta ella, luz increada de la que dependen todas las demas, no puede ecsistir ninguna ley comun entre los hombres; porque el pensamiento humano no presenta ninguno de los caracteres de la verdad absoluta, nada de cierto, de sagrado, ni de obligatorio. Esta verdad de hecho que testifica el orígen de todos los conocimienfos y la preecsistencia de las doctrinas, es la prueba mas irrefragable de la necesidad de una revelacion divina. No es factible otra cosa que una irremediable anarquía en el mundo intelectual, si no se reconoce la ecsistencia de un conjunto de verdades, que toman prestada de la razon divina una autoridad, ante la que deben inclinarse todas las razones humanas. La revelacion todo lo robustece haciéndonos considerar á Dios como el principio de todos los séres, y colocándolo al frente de todas las verdades y de todas las leyes. El negar la revelacion seria lo mismo que arrancar la clave en la bóveda para edificar sobre vastas ruinas.

Demostrada su necesidad arrastra en pos de sí nuestros votos en favor de su ecsistencia. ¿Quién podria engañarse hasta el punto de no reconocer que si el entendimiento humano ha tenido el privilegio de ser ilustrado de un modo especial, es porque la divinidad ha reflectido en nosotros su resplandor, como el astro del dia sobre el que dirige la noche. La revelacion ha tenido sus gradaciones. La vemos principiar en la infancia del género humano, cuando el amor infinito anudaba á la esperanza de la redencion el vínculo de las dos sociedades de los tiempos y de la eternidad, roto por su culpa. Allí servia, para hablar el lenguaje de un ilustre escritor de nuestra época, de adrajas del edificio sobrenatural, cuyo cimiento debia sentar un dia en las profundidades de la muerte el sacrificio del Hijo de Dios. Testigos somos de sus progresos en los tiempos patriarcales de Moises y de los profetas. La vemos ligando por medio de sus instituciones la milagrosa série de sus anales y los principios de la sociedad humana á sus futuros adelantamientos. Llegó á su perfeccion en tiempo de Jesucristo: recordándonos el misterio de la caida del primer hombre por el de su rehabilitacion, fué con respecto á la que habia ilustrado al mundo naciente, como los resplandores del sol respecto de los primeros albores que aclaran el horizonte. A este rayo de inteligencia infinita que brilla sobre las nuestras estrechas y limitadas, debemos el atravesar el camino de luz, por donde hemos de dirigirnos por una ascension incesante para descubrir las verdades que constituyen el estado normal y progresivo de la sociedad.

La sola revelacion auténtica, admitida por la doctrina católica, es la contenida en la tradicion y en las santas escrituras. No creemos hallarnos en la triste necesidad de combatir los sofismas de la escuela de Voltaire contra la cadena no interrumpida de la tradicion y la veracidad de los libros santos. En cuanto el hombre renuncia la autoridad de la tradicion, es conducido forzosamente á divinizar su razon, proclamándola infalible, soberana é infinita, ó á tomar el ancho camino del escepticismo; porque hallándose reducidas para él todas las causas de certidumbre á la evidencia y al raciocinio, y no pudiendo ni una, ni otro servir de base á las verdades, que realmente son superiores á la razon; se sigue que no podria tener ningun motivo para admitirlas, á no ser que levante su propia razon á la altura de los cielos. Tal es la consecuencia lógica que no han podido eludir la mayor parte de los filósofos de nuestra época.

El que tratase de poner en duda la autenticidad de los libros santos, no puede admitir la de ningun libro profano. Aquellos reunen en su favor todas las pruebas históricas de la crítica mas severa y en el mas alto grado que pueda ecsigirse. Si fuese obra de los hombres, se hallaria en algunas partes el sello necesario del entendimiento humano, y le hubieran denunciado los enemigos de la fe. No hay obra ninguna que por la sublimidad y variedad de sus objetos dejase al hombre menos fecultad de ocultar lo limitado de su ingenio: ninguna otra hay cuyos errores se hubieran descubierto mas fácilmente, porque no ecsiste otra que haya hallado mas contradictores. Con todo, los mas antiguos documentos nos demuestran que los libros sagrados han sido admitidos en todo el mundo como inspirados, en Oriente y Occidente, por ortodocsos y por herejes. Al grado de adelantamiento á que han llegado las ciencias, se ven precisadas ó á declararse incompetentes en las dificultades que habian suscitado contra ellos, ó á adherirse á la solucion que dan á aquellos estos divinos monumentos de la revelacion. El ilustre Cuvier, que tuvo la gloria de iniciarnos con tanto esplendor en la doctrina de los orígenes de nuestro globo y de la generacion de los séres, señaló la ecsactitud de la cosmogonía escrita por Moises. En su discurso sobre las revoluciones del globo decia: "Moises nos ha dejado una cosmogonía, cuya ecsactitud se verifica cada dia de un modo admirable. Las recientes observaciones geológicas concuerdan perfectamente con el Génesis sobre el órden con que sucesivamente fueron creados los séres organizados."

(1) *Emilio*, tomo. III, pág. 150.

Observemos sin embargo que el Génesis es entre todos los libros santos el que ha encontrado mayor oposicion. Y con todo, á medida que la geología ensancha su esfera con algunos recientes descubrimientos, la conformidad tan importante indicada en otro tiempo por Cuvier, crece progresivamente. El señor Marcelo de Serres, su digno émulo, acaba de demostrar con sus preciosas investigaciones que los últimos descubrimientos de la ciencia concuerdan con la doctrina del libro mas antiguo y precioso que nos han legado los siglos. Este autor, cuyo talento no puede obscurecerse á pesar de su modestia, demuestra que el Génesis, ese libro designado por la fé para ser venerado por todos los pueblos, y que ha sido tantas veces impugnado, encierra maravillosas verdades. Treinta y cinco siglos há que un hombre que no habia sondeado la profundidad de la tierra para buscar la esplicacion de lo pasado, contaba en un lenguaje admirable la historia de la creacion. Moises escribia su cosmogonía. ¿Cómo pudo conocer lo que han confirmado los últimos esfuerzos de la ciencia, aucsiliada por la revelacion? Esto no puede esplicarse sino por la fé.

No, los libros santos no llevan marcado ninguno de los caracteres de la razon humana, y antes contienen los caracteres visibles de la razon divina. ¿En dónde si no se hallan toques tan sublimes de naturalidad y de ternura? ¡Qué relaciones desapercibidas entre los hechos y el estilo! El soplo de la inspiracion se percibe hasta en las formas que ha tomado el pensamiento de Dios. A los que tengan la temeridad de sospechar de su autenticidad, nos bastaria oponer la apología que arrancó en otro tiempo á un corifeo de la filosofía la fuerza de la verdad. "Yo confieso á V. (decia Rousseau) que la majestad de las escrituras me asombra; la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Véanse los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡qué pequeños son comparados con aquel! ¿Es posible que un libro tan sublime y sencillo á un tiempo sea obra humana? ¿Dirémos que se inventó la historia del Evangelio por capricho? No, amigo mio, esas cosas no se inventan: los hechos de Sócrates, de que nadie duda, son menos auténticos que los de Jesucristo. En la sustancia, no es mas que alejar la dificultad sin resolverla: mas inconcebible seria que muchos hombres de conformidad hubieran compuesto este libro, que no el que uno solo haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran hallado jamás ese tono ni esa moral: y el Evangelio tiene unos caracteres de verdad tan grandes, tan patentes, tan completamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que el héroe." La lengua divina que hablan los libros santos ofrece esperanzas á la angustia y bálsamo para la herida. Oimos una voz enérgica y afectuosa, consoladora y terrible, imponente y familiar, que anuncia paz, gracia, verdad y misericordia. Poseemos estos libros sin alteracion, por mas que diga el señor Jouffroy, que parece que no rinde homenaje á la verdad del dogma antiguo mas que para acusar á los siglos posteriores de haber perdido su inteligencia; y que no viendo en el cristianismo mas que una institucion degradada, absurda y corruptora, profetiza que se levantará un nuevo dogma sobre las ruinas del antiguo (1). Propio era de la providencia de Dios conservarnos en toda su pureza estos manantiales abundantes en luces y virtudes, y la Iglesia, aunque solamente se la considerase como sociedad humana, forma el mas seguro testimonio que pueda revindicar la verdad histórica en favor de la integridad de aquellos. Ella es la autoridad visible que el hombre Dios instituyó al dejar la tierra para conservar intacto el cuerpo de doctrina revelada y enseñarla á los pueblos en toda su pureza. Ella es el foco de la luz y de la vida. Queriendo nosotros permanecer fieles al plan de simple esposicion que nos hemos propuesto, no podemos dedicarnos aquí á esplicar las sólidas pruebas en que descansa. Nos contentarémos con observar que si Dios no hubiera instituído entre los hombres una autoridad con su divina asistencia, infalible en su doctrina, la verdad revelada se hubiera alterado muy pronto por las pasiones humanas, y por tanto inutilizandose el beneficio de la revelacion. Por otra parte, admitir la revelacion que fija la creencia y arregla los deberes, y resistirse á reconocer una potestad intelectual, establecida para hacer seguramente discernir al hombre la verdad revelada de las opiniones humanas, seria una hipótesis tan poco digna de la divinidad, como poco adecuada á la naturaleza y necesidades de la humanidad. Por ella está Dios siempre presente á todos los pueblos, comunicándose á los hombres por su conducto. Sus pensamientos nos llegan por medio de la enseñanza esterior, que no siendo mas que su vehículo, está indispensablemente unida á ellos. Todo el mundo sabe que la razon es lenta en sus progresos, y desde luego todos están obligados á admitir que necesita una autoridad para acelerar los resultados de las investigaciones individuales. A cada paso la razon tropieza con dificultades insolubles; luego le era indispensable una autoridad para disipar sus dudas: siendo caprichosa y muchas veces hasta estravagante, no puede pasar sin una autoridad que la contuviera en los límites de la verdad. Intentar que la razon individual se constituya árbitro esclusivo de las verdades reveladas, seria dejar á cada uno el derecho de oponer una razon á otra, y un testimonio á otro testimonio, confundir el sí y el nó, admitir tantos símbolos como individuos, privar al hombre de todo aucsilio para defenderse de las seducciones del entendimiento y las pasiones del corazon, de negar todo medio fijo de hallar la verdad en medio de las divagaciones del espíritu humano, y quebrar todo vínculo religioso y social. En lo mas elevado del cielo, donde la mano de la religion anuda el lazo de la sociedad humana, fué donde la idolatría establecida

(1) *Miscelánea filosóficas*, art. int.: *como concluyen los dogmas.*